

A VÉRA

3 NOVELAS DE AMOR DE NABOKOV

Ivan Thays*

NADA ME ENTUSIASMA MÁS QUE RASTREAR una serie de ideas sobre el amor plasmadas en las distintas novelas de un solo autor, que se corresponden y se corrigen entre sí. Así, toda la obra de Nabokov se puede leer como una larga carta de amor (aunque, en realidad, la obra de cualquier autor puede leerse así). La diferencia es que esa carta tiene destinatario, es un amor correspondido. No existe poema de amor más hermoso que esas dos palabras que inauguran todos los libros de Nabokov: *A Véra*. Muchas de las ideas que sustentan su idea del amor están tomadas de ella, de su entrega absoluta. Siento que en cada mujer de Nabokov se esconde, de manera velada casi siempre, pero muchas veces obviamente, la presencia de Véra. El amor en ambos era una cuestión de complicidad, una fortaleza. Nada hay en su obra de aquello doloroso y no dicho que abunda en las cartas de Kafka a sus amantes, ni de las dolorosas explicaciones/expiaciones del diario de Pavese que resultan arrebatos intensos pero algo infantiles. Tampoco de esos amores extraviados, ingenuos, poéticos, sublimados, románticos, escépticos, nihilistas, sórdidos, con que se ha construido la literatura del siglo XX. Para acercarnos a las coordenadas de su pensamiento amoroso valdría la pena elaborar un diccionario de ideas. Algo así como un glosario sentimental nabokoviano. Y las definiciones, desde luego, tendrían que estar escritas con el mismo sentido de humor con que Kinbote redacta el índice onomástico en **Pálido fuego**. En ese glosario las tres palabras cenitales serían «lealtad», «salvación» y «ardor».

Lealtad: *La dádiva*

La lealtad es un valor largamente acariciado y admirado por Nabokov. El amor que no es capaz de ser leal no merece existir. Desde luego, la lealtad amorosa aspira a estar acompañada de la fidelidad, aunque aquello no siempre sea posible. En sus mejores novelas, la lucha por ser fiel otorga a la lealtad una heroicidad impresionante. En **La dádiva**, que podría ser traducida como «el don», aquel «don» del que se habla es el de la poesía, claro, pues la obra es una suerte de retrato del artista adolescente, y también

el de la tradición literaria (en su caso, la rusa) que se le ofrece como una dádiva para el joven creador. Pero luego de terminar la novela descubrimos que, además, el auténtico don que ayuda a superar las miserias de la vida es el extraordinario don de la lealtad y la fidelidad. En efecto, **La dádiva** es la novela de la fidelidad. La historia cuenta la historia de amor del joven escritor Fiodor y la dulce y sensata Zina. La relación no es fácil, está cargada de escollos, pero esas trabas se presentan como requisitos que la fatalidad les impone para probar su amor. Al fin, Fiodor está convencido de que Zina no sólo es la mujer que ama, sino aquélla que el destino le tenía dispuesta. Después de varios errores, al fin éste consigue unirlos gracias a la presencia luminosa de un detalle: un vestido azul de baile sobre una silla. La maniobra de la fatalidad tuvo éxito y ambos se enamoraron. Ella lo ayudará con sus ahorros a publicar su novela biográfica **Vida de Chernyshevski** que ninguna editorial querrá editar. Entonces Zina pasará en limpio la obra pues «le indignaba la inercia de Fiodor, consecuencia de su inercia por todas las cuestiones prácticas» (¿les recuerda a alguna pareja?) y, finalmente, ella apañará el fracaso de Fiodor, quien al escribir esta biografía no oficial de un escritor oficial soviético se había convertido en un enemigo de la patria. Nadie elige dónde nacer, pero todos estamos indefensos ante la ternura, la belleza, la nostalgia del lugar que nos acogió cuando nacimos por azar o fatalidad. Del mismo modo, nos mostramos sin armas ante la mujer que nos deparó la vida. Zina es la literatura y es Rusia. Fiodor se lo dice en esos términos y ella le reclama que se deje de poesía. ¿La ama o no la ama?, le pregunta a bocajarro, y luego acota: «Es probable, y tú lo sabes, que a veces sea terriblemente desgraciada contigo. Pero en el fondo no importa, estoy dispuesta a arriesgarme». Desde ese momento, Fiodor siente el peso y la amenaza de la dicha. Y mientras caminan de la mano todo oscila vagamente y ambos se funden hasta hacerse uno mismo con el espacio y con el recuerdo para siempre. **Siempre**, esa la palabra clave. «Las sombras de mi mundo se extienden más allá del horizonte de la página, azul como la niebla matutina del día de mañana, y tampoco esto termina la frase». Así concluye, con ese curioso «y fueron felices para siempre», este bellissimo cuento de hadas nabokovniano, la mejor de sus novelas rusas. Es interesante recordar el contexto en que se escribió esta obra. Vladímir acababa de pasar por la más fuerte crisis matrimonial de su vida. Había conocido a Irina, una adolescente de piernas largas y rostro perfecto, poseedora de una belleza solar que competía con ventaja frente a la mirada inquietantemente sosegada de Véra. Le pidió el divorcio a Véra, sin importarle la mala situación económica en que dejaba a su

esposa ni el reciente nacimiento de Dimitrii. Estaba entusiasmado y no sabía oponerse al amor. Véra debió convencerlo por cartas, y luego personalmente, de que la diferencia era que el suyo era un amor predestinado. Frente a las felinas travesuras sexuales de Irina, Véra opuso la leal admiración irrestricta por la obra de su esposo; frente a los besos volados de Irina, Véra le mostró un amor para toda la vida. Unos años más tarde, con una crueldad indigna de su talento, Nabokov le pidió a Irina que le devolviese sus cartas de amor, pues ellas contenía sólo mentiras, dijo, y jamás la volvió a ver. Luego publicó **La dádiva** y viajó a los Estados Unidos con su familia. Es indudable que de todas las protagonistas de Nabokov, Zina es la que más se asemeja a Véra. Irina así lo entendió y sintiéndose ofendida al ver que su enemiga no sólo se llevaba a Vladímir sino que incluso se convertía en una de las más estupendas heroínas de la literatura rusa actual, escribió unas memorias mal redactadas, apiñadas de rencores y chismes. Fue un acto de amor demasiado tardío o, más bien, demasiado inútil. La lealtad de Véra había sido puesta a prueba y había triunfado. Zina acababa de apoderarse del destino de Vladímir Nabokov para siempre.

Salvación: *La verdadera vida de Sebastián Knight*

Nabokov en su vida, como sus personajes en la propia, no busca en una mujer una secretaria ni una madre sustituta (aunque mucho de eso tenía Véra y muchas de las mujeres de sus novelas) sino una cómplice, cuya misión en la vida debía ser correspondiente a la del amante, como dos piezas únicas de un rompecabezas. Véra no se opacó en la vida para hacer brillar a su esposo, sino que encontró su misión al lado de Nabokov, como éste encontró la suya al lado de Véra. No hay que equivocarse, no se trata de Zelda y Scott Fitzgerald disputándose la máquina de escribir, sino de dos camaradas estableciendo estrategias comunes para triunfar. No hay renuncia ni sacrificio, sino una serie de alianzas, renunciaciones y pactos. He ahí la verdadera sabiduría del amor. El patrón se repite en casi todas las novelas de Nabokov, y en muchos de sus cuentos, del mismo modo. Las mujeres son sensatas, hermosas, más inteligentes y hábiles que sus maridos; mientras los hombres son irremediabilmente extravagantes, torpes, olvidadizos, poco prácticos, aunque excepcionalmente geniales. Una saga de incomprendidos anti-héroes, personajes que deben despertar la ternura a través del humor e incluso la compasión. Pienso en Charles Chaplin, a quien Nabokov admiraba mucho. Se trataba de mezclar genialidad con torpeza, confusión con imposibilidad de comprender las reglas sociales. La salvación

por amor es el tema central en **¡Mira los arlequines!**, una de sus últimas novelas, en la que Nabokov, sin mucha sutileza, transfigura su propia biografía en la biografía del escritor Vadim, tan genial como insano. También lo es, por ejemplo, en **La defensa**, aunque ahí el final es pesimista. En **La verdadera vida de Sebastián Knight**, a mi modo de ver la novela más delicada y luminosa de Nabokov -una auténtica joya de la corona, para decirlo a lo Kinbote- el tema resulta doloroso. Para cualquier nabokoviano, esta novela de menos de 200 páginas, la primera que escribió en inglés, resulta la crisálida donde maduró toda la filosofía y el arte de Nabokov. Y también de su vida, pues es un poético ajuste de cuentas con todos los fantasmas que lo acosaban en esos años (fue publicada en 1941), frente a la muerte de su hermano Sergei, el desliz con Irina, la necesidad de abandonar la Europa nazi, la urgencia de asumir la literatura como la única forma de volver a darle sentido a una vida que se mostró prometedora pero contra la que todas las circunstancias de la vida confabulaban (el joven aristócrata y millonario debió huir de Rusia empobrecido, el brillante ruso emigrado escribía en un idioma que sólo leían un puñado de intelectuales envejecidos y demasiado solemnes). Laurie Clancy no se equivocó al juzgar que en esta novela se desarrolla ampliamente uno de los temas que ya estaban establecidos en **La dádiva** (y que estará presente en todas sus declaraciones y ensayos): la certeza de que la auténtica vida del artista está solo en sus obras. Pero no obstante la vida del autor no queda de lado. Al contrario, es más bien un enorme signo de interrogación, un misterio que entraña la respuesta a todas las preguntas que se resuelven en la obra. El argumento de la novela nos conduce a lo largo de la intrincada vida de Sebastián Knight, un escritor ruso brillante que acaba de morir, guiados de la mano de V., un hermanastro menor que lo admira intensamente. También se nos cuenta la historia de amor entre Sebastián y Clare, a quien conoció en los inicios de su carrera literaria, cuando intentaba dejar atrás el ruso por el inglés, pues había huido de su país natal junto a su madrastra y hermano rumbo a la Inglaterra de Cambridge. Clare era apaciblemente atractiva, de ojos grises y miopes, inolvidable con su cara seria y su voz suave y ronca, con aquel aspecto distraído, una muchacha que olvidaba paquetes y guantes y se tropezaba con las palomas. «Clare entró en su vida sin llamar, como nos metemos en un cuarto ajeno por un parecido vago con el nuestro» escribe V. Esa falta de proyectos a futuro, esa facilidad de estarse simplemente, es lo que terminó enamorando a Sebastián de Clare, pues él «Solía elegir el camino ético más fácil (así como elegía el camino estético más atormentado) sólo porque era el atajo más corto hacia el objeto

elegido; era demasiado perezoso en su vida cotidiana (así como era demasiado laborioso en su vida artística) para preocuparse por problemas planteados y resueltos por los demás». Clare aprendió a escribir a máquina y pasó las noches pasando en limpio los confusos manuscritos de Sebastián, quien le dictaba en voz alta su primera novela (**Caleidoscopio**) dando trancazos nervioso por la habitación. De vez en cuando, Clare se detenía al pie de una frase, fruncía ligeramente el ceño y decía: «No, querido. Esto no se puede decir en inglés». Sebastián se rebelaba ligeramente ante contra la corrección pero luego la aceptaba de buen grado. Clare, dice V., tenía ese sentido real de la belleza –que nada tiene que ver con el arte- que la hacía discernir de inmediato la aureola en torno a una sartén o la semejanza entre un sauce llorón y un **skye terrier**. Y estaba dotada de un agudo sentido del humor. Clare, que jamás había escrito una sola línea de prosa o poesía en su vida, comprendía a la perfección la lucha con las palabras de Sebastián. «Ese era su milagro privado» sugiere el narrador. También el de Véra, me atrevo a anotar, como si se tratara de un pie de página aumentado de prisa, escrito a lápiz y fea caligrafía bajo las líneas impresas de esta hermosa novela. Sin embargo, la felicidad perfecta se rompe por primera vez en una novela de Nabokov. Sebastián conoce a otra mujer (una rusa francesa de nombre Nina) en el balneario de Blauberg, donde había un sanatorio famoso en el que Sebastián se inscribió para descansar. Nina era una mujer libertina, snob, cuya vida la pasaba entre admiradores, vestidos costosos, cocteles, cenas a las cuatro de la madrugada, bailar el charleston y armar peleas en hoteles cuando pensaba que la mucama le había robado unas monedas (que luego encontraba en el cuarto de baño). O, como ella misma se define, con asfixiante ligereza, una mujer que «pasó la mejor parte de su vida tratando de ser feliz en un mundo que hacía lo posible por aniquilarla». Lo cierto es que Nina era una mujer superficial y egoísta, aunque encantadora como una serpiente. Sebastián fue apenas uno más de sus admiradores, a quien ella le abrió las puertas porque «siempre es entretenido ver caminar en cuatro patas y moviendo la cola a esa clase de tipos refinados, distantes, cerebrales». Pero Sebastián no se convirtió en el cachorro sentimental que ella quería. Más bien, era un torturado amante que al mismo tiempo decía que era una mujer frívola y vulgar, y luego la besaba rendidamente para comprobar que no era una estatua de porcelana. Estaba perdido por ella, la seguía, la acosaba sin dignidad, aparecía de improviso en medio de sus fiestas y se echaba sobre un sillón, con las manos sobre el mango del bastón, sin quitarse los guantes y mirándola con aire tétrico. Los amigos se sentían incómodos ante ese tipo que hablaba sin

remedio sobre la forma de un cenicero o daba un largo y oscuro discurso sobre el color del día. Ella se sentía envejecer. «Él era el tipo de hombre que piensa que todos los libros modernos son basura y todos los jóvenes modernos son tontos, sólo porque está demasiado absorto en sus propias sensaciones e ideas para comprender las de los demás». Y nada más. Simplemente que es por esa mujer que Sebastián pierde el paraíso encontrado con Clare. Nunca más pudo ser feliz y su última novela, **El extraño asfodelo**, es testimonio de esa infelicidad que no terminó sino con su temprana muerte. La indignación que sentimos al ver que Sebastián pierde su salvación por amor es una advertencia que le servirá a sus otros personajes, y al mismo Nabokov. Podemos intuir detrás de la absurda Nina un remedo, quizá exagerado e injusto, de la coqueta Irina. Y de Clare, solitaria y súbitamente silenciosa, una Véra indolente que no supo luchar por su amor. Y aún hay más. La explicación que V., el narrador, da sobre la razón principal por la que Nina jamás podría haber amado a Sebastián es precisa: ella jamás había leído un libro de él. Es decir, era ignorante respecto al hecho de que aquel tipo algo cómico y algo patético que la acosaba, en medio de decenas de amantes, era por coincidencia uno de los escritores más brillantes de la lengua inglesa. Ese solo hecho justificaba todas sus extravagancias y le daba sentido a su vida. Al menos así lo era para Clare y para V. Pero para las almas mezquinas, aquel hombre –como un ser despojado de la esencia que lo justifica- sólo era un pobre diablo.

Ardor: Ada

Pero si existe un punto donde confluyen la lealtad y la salvación es en la idea que tiene Nabokov de la naturaleza, o más bien de la materia, del amor. El amor es un resplandor que deslumbra en mitad de una acera, ciertamente, un fuego inevitable, una llamada del destino. Aquello que hace que dos seres se acerquen hasta compartir los labios. Ese estremecimiento que causa oír el nombre de la persona que amamos sin poder impedir que se nos escarapele el cuerpo. Pero ese amor de fuego y circunstancia tiene caducidad, es un bien perecible. Apegarse a ese primer fogonazo es condenar al amor a una suerte de montaña rusa, limitar el amor al grito o el escándalo. Cuando la cotidianidad, que ha quedado suspendida, empieza a deslizarse entre los dos, el fuego, sin remedio, se extingue. No hay pareja que lo resista. ¿Y entonces, qué?, ¿estamos condenados a ese amor de instantáneas? Para muchos no hay más solución que añorar un fuego que perdure lo más que pueda. Para otros, queda el ardor. El ardor es lo que queda después de que el fuego se ha

extinguido. Un clima, un calor que nace entre ambos, y que es absolutamente continuo y perdurable. El ardor no sirve para asar cortes de vaca en la parrilla, pero alcanza para dar cobijo a dos amantes para toda la vida, o para iluminar la mesa de noche de un cuarto donde un par de amantes se buscan las manos. El ardor es aquello que comparten quienes nacieron para un amor que busca la salvación. El ardor es lo que facilita la lealtad. El ardor es un fruto apetecible para todos los protagonistas de Nabokov. Pero no todos lo consiguen. Sebastián lo pierde para siempre, Fiodor lo descubre en la última página de la novela. Pero los personajes que son una metáfora de ese ardor son Ada y Van Veen, los hermanos incestuosos de esa novela y tratado sentimental titulado **Ada o el ardor**, precisamente. La novela narra la historia de amor de dos adolescente que se consideraban erróneamente primos, pues son hermanos. Ada y Van se conocen en un edén aristocrático llamado Ardis. Ada era un muchacha de cabello oscuro y pálidos brazos que pronunciaba su nombre a la manera rusa, con dos «a» profundas y oscuras, de tal manera que su sonido se parecía al de la palabra «ardor». El capítulo nueve de la novela está destinado a describir a Ada, la lolita más convincente de Nabokov, sus clavículas y hoyuelos, su pelo en cascada, sus uñas, su vello oscuro, el dulce bamboleo de su pecho de muchacha. Van es un torpe colegial de genio y ella una niña precoz. Ambos avanzan por el campo de Ardis en un juego de ingenios y pedantería que los unifica, los coloca uno frente al otro y los reconoce como iguales. Van es un humanista escolar, preocupado por las naciones físicas del tiempo y el espacio, mientras que Ada es una científica avanzada que sabe más de botánica que de convenciones sociales. Entre ambos se inicia una serie de juegos sexuales, que rápidamente pasan de las caricias contenidas a una erotismo sin contención. Testigo de esos aprendizajes es la hermana de Ada (ésta sí sólo prima de Van) llamada Lucette, que mira todo con sus violentos ojos verdes desde la cerradura de la puerta. Ella guarda un amor secreto por su admirado primo mayor, un amor que la seguirá toda su vida. La novela es extensa y uno puede imaginarse cómo se deslizan entre esas páginas prodigiosas los fogosos encuentros y desencuentros de la pareja. Ambos van creciendo, Ada se convierte en una joven con pretendientes a los que gusta torturar, y Van en un joven libertino cada vez más seguro de sí mismo. Pero esa pasión adolescente sigue intacta a través de los años, las múltiples relaciones y las distintas historias. Y, sobre todo, a pesar de la convicción a la que llegan finalmente de que son hermanos. «Ambos se divirtieron con las jóvenes chapuzas de la vida y a ambos les fue entristeciendo la sabiduría del tiempo», dice el

narrador. Y ya que estamos en eso, hay que decir que es muy significativa en la novela la presencia de este ambiguo narrador. Éste parece, al principio, un omnisciente clásico. Pero luego descubrimos la voz de Van contando con distancia su propia historia. Y, más aún, descubrimos también la voz de Ada de vez en cuando, corrigiendo una idea con un paréntesis o confundiendo su voz con la de Van (y por ende, con la del narrador omnisciente supuesto). Así, uno y otro retoma la historia indistintamente, llena de intromisiones, elipsis, acotaciones lingüísticas, citas textuales o bibliográficas e intrincados juegos verbales que nos recuerdan a esos primeros paseos entre los árboles y la neblina de Ardis. El lector disfrutará muchísimo luego, cuando descubra no sin asombro que la historia está siendo contada 80 años luego de haber ocurrido. Es decir, cuando los protagonistas y narradores tienen 97 (Van) y 94 (Ada), y están ambos, sin perjuicio de su edad, recostados sobre una cama de hotel que pese a su falta de personalidad está llena de recuerdos. Constantemente la pareja da conmovedoras señales de amor, hasta el punto de que esta obra puede ser vista como una interminable declaración de matrimonio, por usar la palabra que más conviene a la eternidad. Van, por ejemplo, recuerda la letra de la Ada púber: «Tu redondeada caligrafía, amor mío, era un poco más grande, pero, por lo demás, nada, nada, nada ha cambiado». Los epítetos ángel mío, amor mío, etc. discurren sin apuro por toda la obra, así como los recuerdos simultáneamente expuestos a la luz del recuerdo común. Van dice que Ada llevaba para su duodécimo cumpleaños una «una falda negra bastante larga, pero muy airosa y amplia, con amapolas rojas o peonias, ‘deficiente desde el punto de vista botánico’, tal como ella afirma pedantemente, sin saber todavía que la realidad y la ciencia natural son sinónimos en este y sólo este sueño». Cuando Demon, el padre de ambos, descubre el incesto exige explicaciones, y Van se las da sin remilgos «Pronto se cumplirán nueve años que la seduje en el verano de 1884. Exceptuando una ocasión aislada, no volvimos a hacernos el amor hasta el verano del año 1888. Después de una larga separación, pasamos un invierno juntos. En total, supongo que la habré poseído tal vez unas mil veces. Es toda mi vida». Pues de eso se trata, simplemente, de toda la vida. El amor que sabe mantenerse en ardor, que sabe brillar bajo el sol ardiente, no se extingue y es irreversible, a diferencia del deseo o la pasión. Y siempre tiene que ver con el tiempo. Por ello, la obsesión por el tiempo, por controlar o descubrir la naturaleza del paso de las horas, produce la obra de Van **La textura del tiempo**, obra generosa que, según Ada, le recordaba siempre el juego de sol-sombra que jugaban de niños en el jardín de Ardis. El tiempo se acumula y se vuelve

eternidad. Nabokov en **Ada o el ardor** le ha dado otro sentido al final feliz de los cuentos de hadas e incluso de su novela **La dádiva**. Estos dos ancianos incestuosos y amantes han descubierto el elixir de la eternidad, cuando no de la felicidad. Van relata, en el último párrafo de la novela, el tema de su próxima obra, basada en los Ardores y Árboles de Ardis Hall. «La historia gira, franca y brillantemente, alrededor de la prolongada relación amorosa con Ada. Queda ésta interrumpida por la boda de la muchacha con un criador de ganado en Arizona, cuyo legendario antepasado descubrió nuestro país. Tras la muerte del marido, nuestros amantes vuelven a reunirse. Pasan su vejez viajando juntos y viviendo en varias villas, a cual más bonita, mandadas a construir por Van por todo el Hemisferio Occidental. Uno de los ornamentos que destacan en la crónica es la delicadeza del detalle pictórico: una galería enrejada, un techo pintado, un bonito juguete varado entre los nomeolvides de un arroyo; mariposas y orquídeas-mariposa en los márgenes del romance; un panorama brumoso contemplado desde unos peldaños de mármol; una liebre mirando fijamente el parque ancestral y mucho, mucho más». En **Ada o el ardor** Nabokov ha querido darle a su visión sobre el amor un alcance cósmico: más allá de una moral (Anti-terra la llama Van) propone una ética. Más allá de la culpabilidad, la certeza de que un amor para toda la vida lo justifica y limpia todo. Van y Ada son dos espíritus afines, dos almas gemelas, dos complementos perfectos, y no existe ni debe existir nada que pueda romper ese círculo. Al final de la vida, ambos, recostados sobre una cama de hotel, nos enseñan el verdadero don de la felicidad, la cara más amable y lúcida del amor: aquélla que es capaz de derrocar a Eros para colocar al Dios de la Persistencia en el trono sentimental. Aquélla que cambia el fuego por el ardor, el egoísmo por el compromiso, el siempre por lo eterno. Aquélla que es capaz de reanimar la manida palabra «amor» con la sangre nueva e intensa de la palabra «agradecimiento». Y nadie puede decir todo esto de una forma más bella, ni mejor, que Vladímir Nabokov.